



EL CIRQUERO QUE NO VOLVIO

Sinaloa es cuna de uno de los circos más grandes de América, el circo Atayde Hnos.; pero también han surgido otros circos modestos y algunas carpas con espectáculos de excelentes cómicos, mimos, y quienes convierten su facultad de hipnotizar, en una atracción muy socorrida entre el pueblo, sobre todo entre niños y jóvenes que se prestan a cooperar con ese atractivo de la carpa.

En los años noventa, uno de estos pequeños circos que suelen durar hasta dos semanas en un mismo pueblo anunciando a diario que será “el último día de función”, llego a El Fuerte y se estableció en un terreno baldío que hoy ocupa el centro comercial Ley Express pues el terreno era suficiente para que allí se instalaran casi todos los espectáculos ambulantes que venían a la ciudad en búsqueda no de fortuna, sino la supervivencia apenas. En esta circo que había venido ya en otras ocasiones, venia un “artista circense” que hizo amistad con una humilde y amable señora quien le servía lavándole la ropa. Así pues, el joven fue a visitar a Doña Margarita a la vez que le llevo algunos cambios para la lavada. Ya era de noche y como tendría función no quiso pasar al interior de aquella casona centenaria y semi destruida por el tiempo y por el abandono de los herederos dueños que pasaron a peores épocas. Solo la saludo y, y pidiéndole el favor de siempre, le entrego la ropa en una bolsa negra grande de plástico, ella le pidió que pasara al día siguiente como a la misma hora para entregársela ya lavada y planchada. Se despidió el joven y se apresuró a bajar la callejuela que estaba muy inclinada. Casi al trote fue bajando empujado por la inercia y el apuro de llegar a tiempo al circo. La noche era muy profunda y pocos los ruidos que se escuchaban por el rumbo, el calor hacia sus primeros ensayos y aun las noches nos regalaban varias horas de frescura agradable.

A la siguiente noche Raúl M. subió paso firma la empinada cuesta, a pesar de la escasa luz que iluminaba los adoquines, pisaba con seguridad pues ya conocía los tropiezos y los sorteaba fácilmente. Llego hasta la deteriorada puerta y toco suavemente, y espero. Salió una joven como de unos veinticinco años que extrañada pregunto.

-¿Qué se le ofrece, señor?

-vengo por mi ropa que le deje anoche a Doña Margarita para que me la lavara
—explico con amabilidad.

-¿a Doña Margarita?



EL CIRQUERO QUE NO VOLVIO

-sí. A ella se la entregue y me dijo que hoy viniera a recogerla, que ya me la tendría planchada.

-¡ah! Con razón apareció una bolsa con ropa allí junto a un pilar en el portal del patio, y no supimos de quien era.

-Se la di en una bolsa grande, negra.

-Esa debe ser. La guardamos por si alguien la buscaba; no supimos como llego aquí.

-Se le ha de haber olvidado a Doña Margarita!

-¿Ella?... ¡Mi mama!

-Pues, entonces dígale que mañana vengo por esa ropa por la noche. Le recuerda para que no se le olvide, es que para mañana si la voy a necesitar. Por favor.

La joven Susana quería decir algo, pero no lograba emitir ninguna palabra, hasta que se sobrepuso y le pregunto a Raúl:

-¿y dice que anoche usted le entrego la ropa a mi mama aquí mismo?

-Así fue, señorita. ¿Tiene alguna duda? Por cierto que cuando le entregue la bolsa note que su rostro estaba algo borroso; seria por la oscuridad ¿no cree usted?

-No, señor. No era eso. Espéreme –Susana entro a la casa y regreso pronto trayendo la bolsa con su ropa; se la entregó a Raúl diciéndole con voz entre cortada y sollozando. Tome su ropa, y... ¡No vuelva! Mi madre murió hace ya dos años. Perdónela y que Dios lo proteja a usted.

Raúl casi le arrebató la bolsa y, como alma endemoniada, bajo la calle a grandes zancadas queriendo volar. En pocos momentos llego a la carpa iluminada por múltiples foquillos eléctricos de colores; se dirigió a su casa rodante donde, enmudecido, paso el resto de la noche sin presentar su número en el espectáculo y sin escuchar, mucho menos responder, a tantas preguntas de sus compañeros.

El circo se fue, jamás vimos volver a Raúl cuando la carpa llegaba al lugar. Solo Susana sigue recordando aquella historia que a muy pocas amistades se las ha contado, pues teme que vuelva a repetirse con otras personas; ella dice que no tendría miedo si la viera algún día, que hasta platicaría, porque la quería mucho.